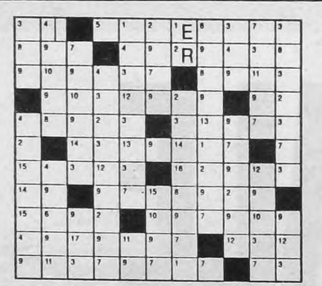
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION
VIERNES



LO QUE VALE UN CEZANNE

Página/2/3



Verano/12

MAMMA MIA

(Por Luis Bruschtein) "San Antonio, San Antonio, dame lo que te pido, dame novio. San Antonio, San Antonio, vence al diablo, echa al demonio. San Antonio, San Antonio, doy tres vueltas, cierro con el moño." Cerraba los ojos, contaba con los dedos: "Tres gotitas del último pis en el té de cola de quirquincho —y soltaba el pulgar— y mientras Rubén se lo traga hay que rezar tres veces la oración —siguió el índice— y atar con tres vueltas de hilo rojo un pelo mío y otro de él" y terminaba con tres dedos sueltos en el puño.

María Rosa quería apurar a Rubén con ese gualicho infalible que una vez conjurado lo dejaría prisionero de la primera mujer que encontraran sus ojos.

Rubén estacionó el colectivo. Visita de novio larguero, de esos que ni hablar de casamiento. Sacó brillo al cartelito de "Madre hay una sola", arregló el clavel de plástico y bajó silbando.

—Se acabó la yerba, se acabó la yerba —lo abarajó María Rosa dando grititos y haciendo aspavientos con los brazos—, quedate tranquilo, te preparo un tecito mientras mamá te hace masajes en los hombros.

Rubén se relajó. Qué más quería. Dejó que los brazos poderosos y fláccidos de doña Clara trabajaran sobre su espalda endurecida.

—Aquí está su tecito —le dijo María Rosa con la voz finita por los nervios—. Oia, tenés una cana —y le arrancó un pelo.

"Esta mina está un poco rara" pensó Rubén y tomó el té con gusto a manzanilla mientras María Rosa murmuraba y cosía o algo parecido. Terminó su té, a María Rosa se le cayeron los dos pelos atados y se agachó a recogerlos cuando él sintió un pellizco en la espalda.

—¡Ay! —gritó y levantó la cabeza para decirle a doña Clara que tuviera más cuidado y de repente encontró los ojos redonditos y cejas de su futura suegra y le dio la calentura de San Antonio; como un sofocón de deseo, vio luces de colores y un impulso ardiente que no podía contener.

—Está amargo.

—Mi amor, le puse tres cucharadas, pero te hago otro...

—Está amargo, andá a la cocina, ¡por favor!

Y cuando María Rosa salió, Rubén arremetió sobre doña Clara.

—Usted es la mujer que siempre soñé —y la empujaba hacia el dormitorio—. Estoy loco por usted, doña Clara —y trataba de levantarle la pollera.

Doña Clara quiso protestar, pero hacía tanto tiempo y Rubén era tan apasionado, que dejó hacer, ruborizada, confundida, sorprendida, aunque también anhelante. Para Rubén fue la coronación de su vida sexual, hasta que María Rosa abrió la puerta y lo encontró revuelto en la cama con doña Clara.

—¡Mamma mía! —chilló María Rosa—. ¡Me muero! —y cayó al piso. Rubén tropezó con sus pantalones cuando corrió en su auxilio.

—¡Asqueroso! —seguía gritando al despertar—. Lo hiciste con mamá y bajo mis narices.

Doña Clara permanecía en silencio, avergonzada, compungida, aunque también satisfecha.

—No sé qué pasó; tomé el té... perdí la cabeza... —balbuceaba Rubén.

—El gualicho, el gualicho —entre lágrimas y ahogos, María Rosa contó lo del conjuro de San Antonio.

Pero fue peor. Rubén se puso rojo de furia, miró a su suegra y amante y a su novia con la furia de los justos engañados en sus pupilas hasta que pudo articular palabra.

—¡Quiere decir que podría haber sido con cualquiera! —bramó—. ¡Hasta con mi mamá! —y no pudo ocultar un cierto tono de interés en su última pregunta.

LO QUE VALE UN CEZANNE

Nacido en Burgos en 1949, Manuel de Lope dejó España en los años setenta para viajar y residir en distintos países europeos. Autor de "Albertina en el país de los garamantes", "Jardines de Africa", "El otoño del siglo", "Los labios del vermut" y "Madrid continental", escribe también artículos. Actualmente vi·e en Aix-en-Prove ıce.

En primer lugar, voy a describir el paisaje, y en segundo lugar, la catástrofe. Dicen que es la forma lógica de proceder, pero yo ahora me pregunto si una catástrofe, un incendio, obedece a alguna forma lógica. A la paulatina destrucción del universo los físicos llaman entropía y lo reducen a un cálculo integral. Dios o el diablo lo llamarán como quieran, y su proyecto lo calcularán con fórmulas mucho más barrocas y complejas de lo que jamás podremos imaginar. Por eso ahí no me meto. Quiero reunir los detalles de cómo se desató el incendio, y recordar el perfil resplandeciente de las llamas, el crepúsculo turbio, la oscuridad indecisa, anaranjada y sin estrellas. Me digo que aquel espectáculo encerraba un misterio. La guirnalda de llamas coronaba las cimas. El caos invadió los caminos. Amaneció un sol sin rocío, ensuciado y lento. Yo quería describir primero el paisaje, y luego la catástrofe. Pero ya veo que las palabras llevan a lo contrario. Quieren buscar sentido a la catástrofe y se olvidan del lugar.

El fuego se inició cayendo la tarde. Ana-Terry lo vio desde su casa. En la azotea se sentía el viento del Norte. El mistral bajaba los Alpes buscando las brasas. Por el aire volaban finas moscas de hollín, partículas infinitesimales y sin peso. El viento las dispersaba sin esfuerzo, livianas, sin procedencia definida. Llegaban flotando como una invasión sin violencia, como los primeros copos de nieve de una cellisca lejana. Se depositaban sobre el mármol de la mesa del jardín, o sobre la piel tersa del verano o sobre la blancura impecable de una camisa de hilo. Alguna quedó atrapada en el espejo de un vaso de agua, como una mácula de grafito en un diamante. Ana-Terry se acercó al teléfono.

—¿Has visto la humareda?

La columna de humo se levantaba sobre los riscos. En su base se oponía brevemente al viento, para inclinarse luego en un abanico evanescente, como la chimenea de un barco. Apenas teñía el cielo y no se veía su origen.

—¿Es por tu casa?

—No, no es por mi casa. Lo veo sobre los riscos.

—¿Es por la parte de Saint-Antonin?

—Debe de ser por la parte de Saint-Antonin.

El humo brotaba sin torbellinos, levemente estriado, como si el barco avanzara siguiendo un arco de círculo y el mistral dibujara una curva más amplia, como una cabellera.

—Debe de ser una barbacoa.

—Debe de ser una barbacoa del tamaño de un frontón. Hay un incendio en la Santa Victoria y el viento lo trae hacia Saint-Antonin. Debe de ser la barbacoa del siglo y nos vamos a achicharrar.

Las moscas de hollín llegaban a los cristales. El viento había crecido y el barco parecía que iba aumentando de velocidad.

Luego hubo las noticias de la radio. Se había localizado el incendio. Se había despachado una unidad móvil, no sé si con micrófonos o con mangueras. Ana-Terry volvió a llamar.

Está ardiendo Saint-Antonin —dijo llorando—. Mira por la ventana. Ya no se puede parar.

El humo ya no era un barco. Era una escuadra de guerra en los tiempos de las calderas de carbón. Parecía que del otro lado de los riscos ardía la Pampa.

—Ana, ¿lo ves desde casa?

—Lo estoy mirando. ¿Qué quieres que haga? No lo puedo dejar de mirar.

—¿Qué ves?

El viento iba peinando la humareda. Subía el humo detrás de los riscos y se volvía a derramar. Luego formaba un estrato finísimo, lenticular, en aumento constante.

—¿Qué ves?

—¿Qué veo? Está ardiendo la ladera. Están subiendo las llamas por la ladera. ¿No lo ves?

—No lo veo. Veo el humo.

—De ese lado no puede pasar.

La radio interrumpió el programa.

—¿Qué dice la radio?

—De este lado no puede pasar.

La radio in:errumpió el programa porque el equipo móvil mejor hubiera hecho en acercarse al incendio con mangueras. Luego dieron una noticia. El pueblo de Saint-Antonin lo iban a evacuar.

—Ana, os van a evacuar.

—¿Qué dice la radio?

—Os van a evacuar.

Ana-Terry colgó el teléfono. Parecía que la evacuaban al instante, arrancándole el aparato de las manos, sacándola en volandas por una ventana. Al momento llamó mi vecino. Era el hombre directo, sencillo, brutal.

—Manuel, la piscina está llena de hollín.

—Yo no tengo piscina.

—¿Qué dices?

—Yo no tengo piscina.

—Ya lo sé que no tiene piscina. La mía. Tengo la piscina llena de hollín. ¿Hay fuego en alguna parte?

—¿Has levantado los ojos?

Estaba anocheciendo y el cielo era un resplandor anaranjado, sucio, velado por la humareda creciente.

—¿Qué dice la radio?

—Dice que de este lado no puede pasar.

El viento llevaba la humareda hacia el crepúsculo, y por encima de las crestas, por levante, se anunciaba otro resplandor.

—Cierra la ventana.

—¿Por qué?

—Cierra la ventana. Si tienes la piscina llena de hollín cierra la ventana. Se te puede llenar de hollín el vaso de Daniels.

—JB con hielo.

—De acuerdo. JB con hielo. Se te puede llenar de hollín.

Dejé el teléfono. Yo también cerré la ventana, porque el aire llegaba espeso, no tóxico, no cargado de amenazas, sino aromático a esencias raras y a productos volátiles de alguna violenta destilación. Las moscas de hollín danzaban en el anochecer, numerosas, invisibles ya, buscando el espejuelo del whisky y el oscuro remanso de las piscinas color amatista. Por encima de las lomas, tras los riscos, el resplandor crecía, y caía la noche con igual plenitud. Un avión muy lento sobrevolaba el monte y parecía suspendido sobre un perfil de ruinas. Alcanzó el horizonte, osciló unos segundos y desapareció. Luego surgió otra vez. La radio comenzó a transmitir la biografía del pintor Paul Cézanne.

Paul Cézanne nació en Aix-en-Provence en una fecha indeterminada del siglo pasado (indeterminada en el pánico del momento, la improvisación, la propia incredulidad del locutor, cuya voz se alarmaba como si el fuego le alcanzara el fondillo del pantalón). Hijo de un fabricante de sombreros que hizo fortuna, Paul Cézanne fue el iniciador de la pintura moderna, un concepto que nuestro siglo ha asumido de tal modo que ha olvidado que se trata de una idea decimonónica. A Paul Cézanne le gustaba el paisaje de su campiña natal, y le gustaba la fruta, y su primer profesor de dibujo fue un monje español.

El locutor se detuvo. Dio la vuelta a la ficha que tenía delante de los ojos. Del otro lado de la ficha sólo había una cifra. Levantó la mirada. Alguien gesticulaba detrás del vidrio del estudio, y él reclamó más información con los mismos gestos mudos, al tiempo que intentaba comprender cuál era la información que le querían transmitir. Concluyó la biografía del pintor con la fecha aproximada de su muerte (la ficha especificaba una fecha absurda, superior a tres millones de años, lo que probablemente correspondía a la cifra del documento en el fichero).

Luego prosiguió con un comentario personal. En aquel mismo momento estaban ardiendo los paisajes que pintó Paul Cézanne. El fuego cubría un arco de siete kilómetros al pie de la montaña de Santa Victoria. Nadie duda que los despeñaderos de la Santa Victoria sean el origen del cubismo. En las heridas de tierra roja y en los pinares de sombra malva se inició la pintura fauve. Los bañistas que pintó Cézanne en sus arroyos han dado materia al desnudo del siglo XX de Picasso a Bacon.



De nuevo se detuvo, sudoroso, probablemente enojado. Del otro lado del vidrio del estudio le mostraron un mensaje escrito. Se había evacuado ordenadamente la aldea de Saint-Antonin, con el alcalde al frente de sus vecinos. Se había comenzado a evacuar la población de Puylouvier. En aquel momento sonó el teléfono. Era de nuevo mi vecino, sencillo y brutal. Alrededor de la bombilla giraban cenizas microscópicas.

—¿Has visto el fuego?

Me acerqué a la ventana. Sobre la cresta de la Santa Victoria se levantaba un festón de llamas. Era una corona diminuta, ágil, y lo mismo que el avión en el crepúsculo, parecía detenida en la distancia. El humo se confundía con la noche. Volaban cenizas dispersas, como insectos que no se pudieran posar. El locutor en la radio cerró el programa. Iban a despachar otro equipo móvil. El primer equipo móvil se había sumado a los bomberos. Ya se vería lo que quedaba de la historia de la pintura si no amainaba el mistral.

Toda la noche oímos pasar gente. Sobre las tres de la madrugada llamó Ana-Terry desde los locales de la Sociedad Protectora de Animales donde los habían alojado. El fuego se había propagado a la ladera norte, y bajaba suavemente, como un rebaño pausado, en línea, devorando una franja nocturna, dejando detrás del collar luminoso una oscuridad más turbia, salpicada de coral. El matorral se erizaba en bruscas llamaradas que en la distancia apenas parecían más grandes que un capricho pirotécnico. La radio reanudó el programa. El segundo equipo móvil había llegado al castillo de Vauvenar-

LO QUE VALE UN CEZANNE

Nacido en Burgos en 1949, Manuel de Lope dejó España en los años setenta para viajar y residir en distintos países europeos. Autor de "Albertina en el país de los garamantes", "Jardines de Africa", "El otoño del siglo", "Los labios del vermut" y "Madrid continental", escribe también artículos. Actualmente vi*e en Aix-en-Prove ce.

En primer lugar, voy a describir el paisaje, y en segundo lugar, la catástrofe. Dicen que es la forma lógica de proceder, pero yo ahora me pregunto si una catástrofe, un incendio, obedece a alguna forma lógica. A la paulatina destrucción del universo los físicos llaman entropía y lo reducen a un cálculo integral. Dios o el diablo lo llamarán como quieran, y su proyecto lo calcularán con fórmulas mucho más barrocas y complejas de lo que jamás podremos imaginar. Por eso ahí no me meto. Quiero reunir los detalles de cómo se desató el incendio, y recordar el perfil resplandeciente de las llamas, el crepúsculo turbio, la oscuridad indecisa, anaranjada y sin estrellas. Me digo que aquel espectáculo encerraba un misterio. La guirnalda de llamas coronaba las cimas. El caos invadió los caminos. Amaneció un sol sin rocío, ensuciado y lento. Yo quería describir primero el paisaje, y luego la catástrofe. Pero ya veo que las palabras llevan a lo contrario. Quieren buscar sentido a la catástrofe y se olvidan del lugar.

El fuego se inició cayendo la tarde. Ana-Terry lo vio desde su casa. En la azotea se sentía el viento del Norte. El mistral bajaba los Alpes buscando las brasas. Por el aire volaban finas moscas de hollín, partículas infinitesimales y sin peso. El viento las dispersaba sin esfuerzo, livianas, sin procedencia definida. Llegaban flotando como una invasión sin violencia, como los primeros copos de nieve de una cellisca lejana. Se depositaban sobre el mármol de la mesa del jardín, o sobre la piel tersa del verano o sobre la blancura impecable de una camisa de hilo. Alguna quedó atrapada en el espejo de un vaso de agua, como una mácula de grafito en un diamante. Ana-Terry se acercó al teléfono.

—¿Has visto la humareda?

La columna de humo se levantaba sobre los riscos. En su base se oponía brevemente al viento, para inclinarse luego en un abanico evanescente, como la chimenea de un barco. Apenas teñía el cielo y no se veía su origen.

—¿Es por tu casa?

—No, no es por mi casa. Lo veo sobre los riscos.

—¿Es por la parte de Saint-Antonin?

—Debe de ser por la parte de Saint-Antonin.

El humo brotaba sin torbellinos, levemente estriado, como si el barco avanzara siguiendo un arco de círculo y el mistral dibujara una curva más amplia, como una cabellera.

—Debe de ser una barbacoa.

—Debe de ser una barbacoa del tamaño de un frontón. Hay un incendio en la Santa Victoria y el viento lo trae hacia Saint-Antonin. Debe de ser la barbacoa del siglo y nos vamos a achicharrar.

Las moscas de hollín llegaban a los cristales. El viento había crecido y el barco parecía que iba aumentando de velocidad.

Luego hubo las noticias de la radio. Se había localizado el incendio. Se había despachado una unidad móvil, no sé si con micrófonos o con mangueras. Ana-Terry volvió a llamar.

Está ardiendo Saint-Antonin —dijo llorando—. Mira por la ventana. Ya no se puede parar.

El humo ya no era un barco. Era una escuadra de guerra en los tiempos de las calderas de carbón. Parecía que del otro lado de los riscos ardía la Pampa.

—Ana, ¿lo ves desde casa?

—Lo estoy mirando. ¿Qué quieres que haga? No lo puedo dejar de mirar.

—¿Qué ves?

El viento iba peinando la humareda. Subía el humo detrás de los riscos y se volvía a derramar. Luego formaba un estrato finísimo, lenticular, en aumento constante.

—¿Qué ves?

—¿Qué veo? Está ardiendo la ladera. Están subiendo las llamas por la ladera. ¿No lo ves?

—No lo veo. Veo el humo.

—De ese lado no puede pasar.

La radio interrumpió el programa.

—¿Qué dice la radio?

—De este lado no puede pasar.

La radio interrumpió el programa porque el equipo móvil mejor hubiera hecho en acercarse al incendio con mangueras. Luego dieron una noticia. El pueblo de Saint-Antonin lo iban a evacuar.

—Ana, os van a evacuar.

—¿Qué dice la radio?

—Os van a evacuar.

Ana-Terry colgó el teléfono. Parecía que la evacuaban al instante, arrancándole el aparato de las manos, sacándola en volandas por una ventana. Al momento llamó mi vecino. Era el hombre directo, sencillo, brutal.

—Manuel, la piscina está llena de hollín.

—Yo no tengo piscina.

—¿Qué dices?

—Yo no tengo piscina.

—Ya lo sé que no tiene piscina. La mía. Tengo la piscina llena de hollín. ¿Hay fuego en alguna parte?

—¿Has levantado los ojos?

Estaba anocheciendo y el cielo era un resplandor anaranjado, sucio, velado por la humareda creciente.

—¿Qué dice la radio?

—Dice que de este lado no puede pasar.

El viento llevaba la humareda hacia el crepúsculo, y por encima de las crestas, por levante, se anunciaba otro resplandor.

—Cierra la ventana.

—¿Por qué?

—Cierra la ventana. Si tienes la piscina llena de hollín cierra la ventana. Se te puede llenar de hollín el vaso de Daniels.

—JB con hielo.

—De acuerdo. JB con hielo. Se te puede llenar de hollín.

Dejé el teléfono. Yo también cerré la ventana, porque el aire llegaba espeso, no tóxico, no cargado de amenazas, sino aromático a esencias raras y a productos volátiles de alguna violenta destilación. Las moscas de hollín danzaban en el anochecer, numerosas, invisibles ya, buscando el espejuelo del whisky y el oscuro remanso de las piscinas color amatista. Por encima de las lomas, tras los riscos, el resplandor crecía, y caía la noche con igual plenitud. Un avión muy lento sobrevolaba el monte y parecía suspendido sobre un perfil de ruinas. Alcanzó el horizonte, osciló unos segundos y desapareció. Luego surgió otra vez. La radio comenzó a transmitir la biografía del pintor Paul Cézanne.

Paul Cézanne nació en Aix-en-Provence en una fecha indeterminada del siglo pasado (indeterminada en el pánico del momento, la improvisación, la propia incredulidad del locutor, cuya voz se alarmaba como si el fuego le alcanzarael fondillo del pantalón). Hijo de un fabricante de sombreros que hizo fortuna, Paul Cézanne fue el iniciador de la pintura moderna, un concepto que nuestro siglo ha asumido de tal modo que ha olvidado que se trata de una idea decimonónica. A Paul Cézanne le gustaba el paisaje de su campiña natal, y le gustaba la fruta, y su primer profesor de dibujo fue un monje español.

El locutor se detuvo. Dio la vuelta a la ficha que tenía delante de los ojos. Del otro lado de la ficha sólo había una cifra. Levantó la mirada. Alguien gesticulaba detrás del vidrio del estudio, y él reclamó más información con los mismos gestos mudos, al tiempo que intentaba comprender cuál era la información que le querían transmitir. Concluyó la biografía del pintor con la fecha aproximada de su muerte (la ficha especificaba una fecha absurda, superior a tres millones de años, lo que probablemente correspondía a la cifra del documento en el fichero).

Luego prosiguió con un comentario personal. En aquel mismo momento estaban ardiendo los paisajes que pintó Paul Cézanne. El fuego cubría un arco de siete kilómetros al pie de la montaña de Santa Victoria. Nadie duda que los despeñaderos de la Santa Victoria sean el origen del cubismo. En las heridas de tierra roja y en los pinares de sombra malva se inició la pintura fauve. Los bañistas que pintó Cézanne en sus arroyos han dado materia al desnudo del siglo XX de Picasso a Bacon.

De nuevo se detuvo, sudoroso, probablemente enojado. Del otro lado del vidrio del estudio le mostraron un mensaje escrito. Se había evacuado ordenadamente la aldea de Saint-Antonin, con el alcalde al frente de sus vecinos. Se había comenzado a evacuar la población de Puylouvier. En aquel momento sonó el teléfono. Era de nuevo mi vecino, sencillo y brutal. Alrededor de la bombilla giraban cenizas microscópicas.

—¿Has visto el fuego?

Me acerqué a la ventana. Sobre la cresta de la Santa Victoria se levantaba un festón de llamas. Era una corona diminuta, ágil, y lo mismo que el avión en el crepúsculo, parecía detenida en la distancia. El humo se confundía con la noche. Volaban cenizas dispersas, como insectos que no se pudieran posar. El locutor en la radio cerró el programa. Iban a despachar otro equipo móvil. El primer equipo móvil se había sumado a los bomberos. Ya se vería lo que quedaba de la historia de la pintura si no amainaba el mistral.

Toda la noche oímos pasar gente. Sobre las tres de la madrugada llamó Ana-Terry desde los locales de la Sociedad Protectora de Animales donde los habían alojado. El fuego se había propagado a la ladera norte, y bajaba suavemente, como un rebaño pausado, en línea, devorando una franja nocturna, dejando detrás del collar luminoso una oscuridad más turbia, salpicada de coral. El matorral se erizaba en bruscas llamaradas que en la distancia apenas parecían más grandes que un capricho pirotécnico. La radio reanudó el programa. El segundo equipo móvil había llegado al castillo de Vauvenargues, donde se halla la tumba de Picasso, decía el locutor, el mismo derrengado locutor, probablemente con ojeras, tiznado, sentado en el estribo de una furgoneta, leyendo sus notas a la luz de un proyector, o improvisando, con las pupilas incendiadas por un efecto óptico que se interponía entre las llamas y él.

Donde se encuentra la tumba de Picasso, proseguía el locutor con hollín, desolación y rabia en la garganta, porque Cézanne pintó las laderas del solano, los peñascos de luz imprevisible, y Picasso quiso ser enterrado en la umbría, a la sombra de la pintura del maestro. Airado, ronco, con la fatiga de un héroe del reportaje y la tumba de Picasso a sus espaldas, el locutor contemplaba el avance del fuego, la corona de llamas, como una procesión en las alturas. Le ahogaba la tos. Un motor arrancó junto al micrófono.

—¿Me oyes? —dijo Ana-Terry—. Estamos en la SPA.

—Estoy oyendo la radio.

—¿Me oyes? Van a evacuar la SPA. Los perros, los gatos, vamos a evacuar la SPA.

Los caminos estaban poblados de luces giratorias, rojas, verdes, azules. Ana-Terry dejó el teléfono y en la radio oí otra voz.

—Despejen el camino. Despejen el puto camino y dejen pasar.

De tres a seis de la madrugada hubo unas horas de calma. Hubo unas horas de sueño, y el mistral amainó, o saltó de cuadrante, y ya no era el mistral, sin el viento que los marinos llaman griego, más velero y ponderado que el bárbaro del Norte. El mistral llevaba 12 horas soplando, y se retiraba al hogar de los vientos, porque el mistral sigue un ritmo ternario, y se calma cuando alcanza algún múltiplo de cifra tres.

Se acercaba el amanecer y todo permaneció en silencio. Silencio en los museos, en las altas galerías vigiladas por un ojo electrónico y por tecnificados ingenios que achicharran al ladrón como un horno microondas. Silencio en la caja fuerte de los coleccionistas, disimuladas tras un falso Cézanne (el auténtico jamás ve la luz). En silencio se sucedían los cuadros del pintor, obras valiosísimas de aquella campiña, dispersadas por los cinco continentes, mientras en la madrugada ardía el paisaje en un silencio fúnebre, como si desapareciera la matriz original.

Al amanecer me despertó un zumbido. Era una flotilla de tres aviones esta vez. Se acercaron en línea y descargaron una cortina de agua sobre la cortina de humo. El fuselaje amarillo se perdía en el gris. Hacia el Norte el cielo era un azul purísimo. El resto se esfumaba. No se veían llamas. Como un barco a la deriva, la peña se alzaba en un círculo de pinares calcinados. Media hora más tarde volvieron los aviones, lentos, con la barriga hinchada, desapareciendo en el humo para seguir otra vez (y en esos instantes dramáticos en que el humo se tragaba al insecto el zumbido del motor se detenía, y renacía después. El avión, aligerado de su carga, cobraba altura, inclinaba los planos, describía una curva sobre la montaña y regresaba al mar).

Sobre las diez (es la hora en que se abren los museos) llegaron refuerzos en masa. Llegaron los bomberos de Marsella y de Tolón, y un cuerpo de Infantería de Marina de la base naval. Llegó una brigada de Infantería de Montaña con camiones de ejes altos y maquinaria sobre orugas, para tender cables de acero y abrir zanjas y trincheras en el pinar intacto a sotavento. Los bomberos de la noche bajaron del frente porque necesitaban unas horas de refresco. Llegaron refuerzos de pueblos del interior, adolescentes con instrumentos rurales, mozos con hachas y azadas, y horcas, como en un levantamiento popular. Llegó un destacamento de guardias jurados, con sus uniformes de pana con solapas de fieltro verde, y la chapa de latón bien visible en la pechera.

Sólo hay una forma de reducir el fuego, recordaba yo. Cuando el fuego sale de sus cavernas, de la oquedad de la mano que protege la llama del mechero, o del refugio cóncavo de un hornillo de alcohol, sólo parece que haya una forma de reducirlo, de someterlo al estado inicial y sepultarlo en una inmensa tumba de cenizas. Sólo hay una forma de reducir el fuego, recordaba yo, y lo decía Ferlosio, o Alfanhuí, en una lectura ya remota: sólo hay una forma de reducir el fuego, y es que al espectáculo del fuego se le vence con una espectacularidad mayor. Todos aquellos hombres conocían este secreto, el único eficaz contra las llamas, y se enardecían, y se embriagaban en el acto de dominar el fuego, y caían exhaustos y tiznados, porque el fuego se crecía y no dejaba que los hombres dominaran su espectáculo. Los bomberos de Alfanhuí eran hombres de poblado bigote y paso gimnástico que sofocaban incendios urbanos donde una señorita en camisón pedía socorro desde la ventana de un quinto piso. Y si era el primer piso, decía Alfanhuí, se la subía al quinto para que pidiera socorro, y todos los niños querían ser bomberos. Ese era el espectáculo que dominaba el fuego, y en nuestros tiempos ya no puede ser así. El siglo pretendió ser cívico y sus desastres lo harán odioso. Dos guerras mundiales lo han marcado; cualquier catástrofe es un ensayo del Apocalipsis, y el espectáculo para vencer el fuego emplea los recursos de la guerra total.

—¿Manuel?

—¿Donde estás?

—En el cuartel del Tercer Regimiento de Zapadores. Nos han dado una manta y nos van a servir un desayuno.

—Te bajo a buscar.

A mediodía las columnas de humo oscilaban en trenzas buscando la vertical. El viento había cesado por completo. El Ejército combatía los últimos focos de incendio, llamas residuales que brotaban, impredictibles, en algún vallejo oscuro, donde el fuego se escabullía como un animal acosado que no busca la salida, sino la madriguera que le permita recobrar el aliento y aguardar. Hubo una nueva alarma, una lengua de fuego que saltó de ladera, abrió una brecha entre pastos y pareció escapar. En realidad el fuego siempre escapa. Regresa a sus cavernas, al castillo inexpugnable del mechero, a futuras barbacoas, al basural dormido, a la imaginación incandescente de un borracho que proyecta venganzas sobre la humanidad.

La flotilla de aviones proseguía su misión de bombardeo, el riego por aspersión de la bestia negra, humeante, extensa, cuya piel se adhería al territorio como una segunda piel sobre la piel del planeta. Bajé a la ciudad. No encontré el cuartel de zapadores. Encontré un convento, pero desde el convento me sañalaron el cuartel. Ana-Terry me esperaba envuelta en una manta. Estaba ojerosa, amarilla y tiznada. Tenía los ojos de haber pasado la peor noche de su vida. Había salvado a dos gatos, cada uno en un zurrón. En la cantina del cuartel esperaban 10 personas más, ojerosas, tiznadas y con mantas. A la gente sin hogar lo primero que se le ofrece es una manta. Ana-Terry me siguió hasta el coche.

—Deja la manta, ¿no ves que estamos en agosto?

Ana-Terry se echó a llorar.

—Tranquila. Ahora llegamos a casa y desayunas otra vez.

A las cuatro de la tarde anunciaron que el fuego estaba dominado. Se ha incendiado un patrimonio cultural de la humanidad, decía el locutor, otra voz, otro locutor, porque el primero sin duda lloraba todavía de desesperación en algún cuartel, envuelto en una manta. Se ha incendiado un paisaje que pertenecía a la historia de la pintura, decía la radio, y Ana-Terry también sollozaba, mientras los dos gatitos jugaban a sus pies.

No sabía cómo consolarla. Te llevaré a visitar museos, te compraré libros satinados, te regalaré un falso Cézanne, decía yo, y al mismo tiempo la televisión nacional improvisaba un programa sobre la obra del pintor, y dice que la NBC hacía otro tanto, y la televisión alemana, y la japonesa también. Y es posible que a partir de ese momento, destruido el paisaje, comenzaran las grandes maniobras de mercado, y se revisaran los precios, y cada cuadro disponible de Cézanne se cotizaba más.

—¿Cuanto vale un Cézanne? —me interrumpió Ana-Terry, exigiéndome otra manta.

—Lo que vale un buen pino. Lo que vale la luz. Quién sabe lo que vale un Cézanne.

Ana-Terry suspiró. Era la hora de merendar y Ana-Terry desayunó por tercera vez. Sonó el teléfono y reconocí la voz de mi vecino, sencillo y brutal.

—¿Has visto la tele? Ha sido un desastre.

En su vaso tintineaban los cubitos de hielo. Ana-Terry se envolvió en la manta.

—Ha sido terrible.

—¿Te vas a acercar a verlo?

—Iré mañana. O el siglo próximo.

Hubo una pausa.

—¿Quién está contigo?

—Una amiga.

De nuevo escuché el tintineo del hielo en el vaso.

—Os invito a un trago de whisky.

—No hace falta, de verdad, no es necesario.

Era un hombre optimista, por eso era sencillo y brutal. La televisión proseguía su informe. Un helicóptero filmaba las cenizas. Una cámara fija, en un museo, se acercaba como el ojo de un miope a una tela de Cézanne.

—Ha sido un desastre —concluyó mi vecino—. Pero dicen que lo van a repoblar.

El incendio de Aix-en-Provence al que hacen referencia estas resumidas páginas se desató el 28 de agosto del pasado verano y duró tres días. El relato se lo dedico a A.T., que me llamó llorando.





gues, donde se halla la tumba de Picasso, decía el locutor, el mismo derrengado locutor, probablemente con ojeras, tiznado, sentado en el estribo de una furgoneta, leyendo sus notas a la luz de un proyector, o improvisando, con las pupilas incendiadas por un efecto óptico que se interponía entre las llamas y él.

Donde se encuentra la tumba de Picasso, proseguía el locutor con hollín, desolación y rabia en la garganta, porque Cézanne pintó las laderas del solano, los peñascos de luz imprevisible, y Picasso quiso ser enterrado en la umbría, a la sombra de la pintura del maestro. Airado, ronco, con la fatiga de un héroe del reportaje y la tumba de Picasso a sus espaldas, el locutor contemplaba el avance del fuego, la corona de llamas, como una procesión en las alturas. Le ahogaba la tos. Un motor arrancó junto al micrófono.

—¿Me oyes? —dijo Ana-Terry—. Estamos en la SPA.

—Estoy oyendo la radio.

—¿Me oyes? Van a evacuar la SPA. Los perros, los gatos, vamos a evacuar la SPA.

Los caminos estaban poblados de luces giratorias, rojas, verdes, azules. Ana-Terry dejó el teléfono y en la radio oí otra voz.

—Despejen el camino. Despejen el puto camino y dejen pasar.

De tres a seis de la madrugada hubo unas horas de calma. Hubo unas horas de sueño, y el mistral amainó, o saltó de cuadrante, y ya no era el mistral, sin el viento que los marinos llaman griego, más velero y ponderado que el bárbaro del Norte. El mistral llevaba 12 horas soplando, y se retiraba al hogar de los vientos, porque el mistral sigue un ritmo ternario, y se calma cuando alcanza algún múltiplo de cifra tres.

Se acercaba el amanecer y todo permaneció en silencio. Silencio en los museos, en las altas galerías vigiladas por un ojo electrónico y por tecnificados ingenios que achicharran al ladrón como un horno microondas. Silencio en la caja fuerte de los coleccionistas, disimuladas tras un falso Cézanne (el auténtico jamás ve la luz). En silencio se sucedían los cuadros del pintor, obras valiosísimas de aquella campiña, dispersadas por los cinco continentes, mientras en la madrugada ardía el paisaje en un silencio fúnebre, como si desapareciera la matriz original.

Al amanecer me despertó un zumbido. Era una flotilla de tres aviones esta vez. Se acercaron en línea y descargaron una cortina de agua sobre la cortina de humo. El fuselaje amarillo se perdía en el gris. Hacia el Norte el cielo era un azul purísimo. El resto se esfumaba. No se veían llamas. Como un barco a la deriva, la peña se alzaba en un círculo de pinares calcinados. Media hora más tarde volvieron los aviones, lentos, con la barriga hinchada, desapareciendo en el humo para seguir otra vez (y en esos instantes dramáticos en que el humo se tragaba al insecto el zumbido del motor se detenía, y renacía después. El avión, aligerado de su carga, cobraba altura, inclinaba los planos, describía una curva sobre la montaña y regresaba al mar).

Sobre las diez (es la hora en que se abren los museos) llegaron refuerzos en masa. Llegaron los bomberos de Marsella y de Tolón, y un cuerpo de Infantería de Marina de la base naval. Llegó una brigada de Infantería de Montaña con camiones de ejes altos y maquinaria sobre orugas, para tender cables de acero y abrir zanjas y trincheras en el pinar intacto a sotavento. Los bomberos de la noche bajaron del frente porque necesitaban unas horas de refresco. Llegaron refuerzos de pueblos del interior, adolescentes con instrumentos rurales, mozos con hachas y azadas, y horcas, como en un levantamiento popular. Llegó un destacamento de guardias jurados, con sus uniformes de pana con solapas de fieltro verde, y la chapa de latón bien visible en la pechera.

Sólo hay una forma de reducir el fuego, recordaba yo. Cuando el fuego sale de sus cavernas, de la oquedad de la mano que protege la llama del mechero, o del refugio cóncavo de un hornillo de alcohol, sólo parece que haya una forma de reducirlo, de someterlo al estado inicial y sepultarlo en una inmensa tumba de cenizas. Sólo hay una forma de reducir el fuego, recordaba yo, y lo decía Ferlosio, o Alfanhuí, en una lectura ya remota: sólo hay una forma de reducir el fuego, y es que al espectáculo del fuego se le vence con una espectacularidad mayor. Todos aquellos hombres conocían este secreto, el único eficaz contra las llamas, y se enardecían, y se embriagaban en el acto de dominar el fuego, y caían exhaustos y tiznados, porque el fuego se crecía y no dejaba que los hombres dominaran su espectáculo. Los bomberos de Alfanhuí eran hombres de poblado bigote y paso gimnástico que sofocaban incendios urbanos donde una señorita en camisón pedía socorro desde la ventana de un quinto piso. Y si era el primer piso, decía Alfanhuí, se la subía al quinto para que pidiera socorro, y todos los niños querían ser bomberos. Ese era el espectáculo que dominaba el fuego, y en nuestros tiempos ya no puede ser así. El siglo pretendió ser cívico y sus desastres lo harán odioso. Dos guerras mundiales lo han marcado; cualquier catástrofe es un ensayo del Apocalipsis, y el espectáculo para vencer el fuego emplea los recursos de la guerra total.

—¿Manuel?

—¿Donde estás?

—En el cuartel del Tercer Regimiento de Zapadores. Nos han dado una manta y nos van a servir un desayuno.

—Te bajo a buscar.

A mediodía las columnas de humo oscilaban en trenzas buscando la vertical. El viento había cesado por completo. El Ejército combatía los últimos focos de incendio, llamas residuales que brotaban, impredictibles, en algún vallejo oscuro, donde el fuego se escabullía como un animal acosado que no busca la salida, sino la madriguera que le permita recobrar el aliento y aguardar. Hubo una nueva alarma, una lengua de fuego que saltó de ladera, abrió una brecha entre pastos y pareció escapar. En realidad el fuego siempre escapa. Regresa a sus cavernas, al castillo inexpugnable del mechero, a futuras barbacoas, al basural dormido, a la imaginación incandescente de un borracho que proyecta venganzas sobre la humanidad.

La flotilla de aviones proseguía su misión de bombardeo, el riego por aspersión de la bestia negra, humeante, extensa, cuya piel se adhería al territorio como una segunda piel sobre la piel del planeta. Bajé a la ciudad. No encontré el cuartel de zapadores. Encontré un convento, pero desde el convento me señalaron el cuartel. Ana-Terry me esperaba envuelta en una manta. Estaba ojerosa, amarilla y tiznada. Tenía los ojos de haber pasado la peor noche de su vida. Había salvado a dos gatos, cada uno en un zurrón. En la cantina del cuartel esperaban 10 personas más, ojerosas, tiznadas y con mantas. A la gente sin hogar lo primero que se le ofrece es una manta. Ana-Terry me siguió hasta el coche.

—Deja la manta, ¿no ves que estamos en agosto?

Ana-Terry se echó a llorar.

—Tranquila. Ahora llegamos a casa y desayunas otra vez.

A las cuatro de la tarde anunciaron que el fuego estaba dominado. Se ha incendiado un patrimonio cultural de la humanidad, decía el locutor, otra voz, otro locutor, porque el primero sin duda lloraba todavía de desesperación en algún cuartel, envuelto en una manta. Se ha incendiado un paisaje que pertenecía a la historia de la pintura, decía la radio, y Ana-Terry también sollozaba, mientras los dos gatitos jugaban a sus pies.

No sabía cómo consolarla. Te llevaré a visitar museos, te compraré libros satinados, te regalaré un falso Cézanne, decía yo, y al mismo tiempo la televisión nacional improvisaba un programa sobre la obra del pintor, y dice que la NBC hacía otro tanto, y la televisión alemana, y la japonesa también. Y es posible que a partir de ese momento, destruido el paisaje, comenzaran las grandes maniobras de mercado, y se revisaran los precios, y cada cuadro disponible de Cézanne se cotizaba más.

—¿Cuanto vale un Cézanne? —me interrumpió Ana-Terry, exigiéndome otra manta.

—Lo que vale un buen pino. Lo que vale la luz. Quién sabe lo que vale un Cézanne.

Ana-Terry suspiró. Era la hora de merendar y Ana-Terry desayunó por tercera vez. Sonó el teléfono y reconocí la voz de mi vecino, sencillo y brutal.

—¿Has visto la tele? Ha sido un desastre.

En su vaso tintineaban los cubitos de hielo. Ana-Terry se envolvió en la manta.

—Ha sido terrible.

—¿Te vas a acercar a verlo?

—Iré mañana. O el siglo próximo.

Hubo una pausa.

—¿Quién está contigo?

—Una amiga.

De nuevo escuché el tintineo del hielo en el vaso.

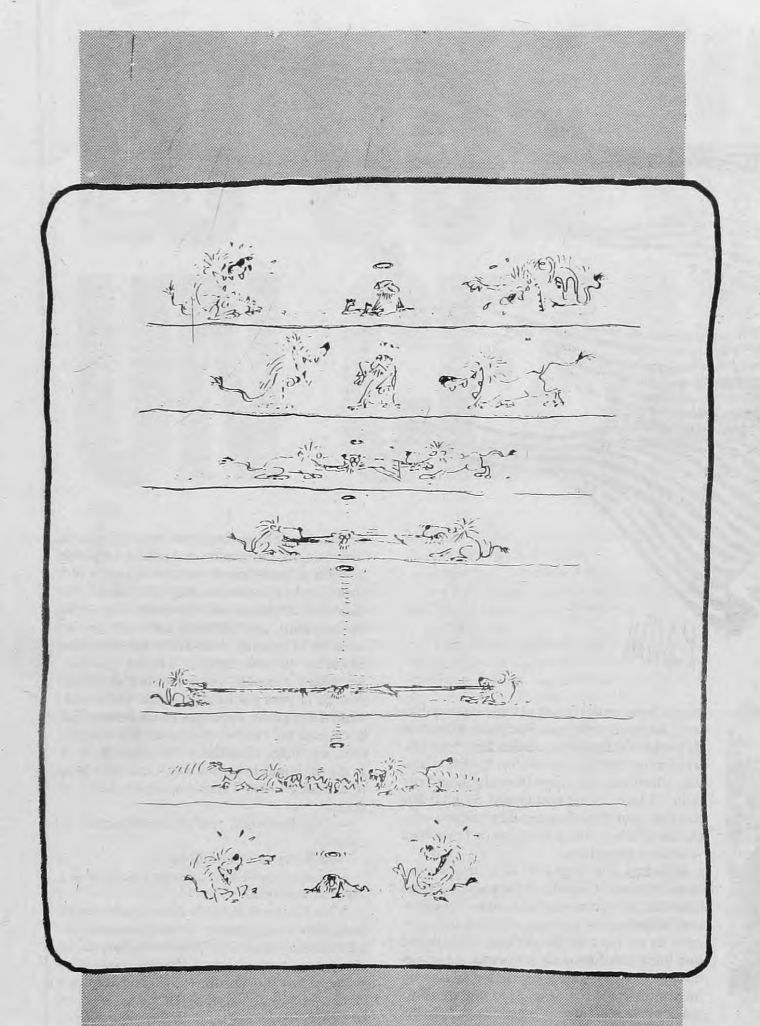
—Os invito a un trago de whisky.

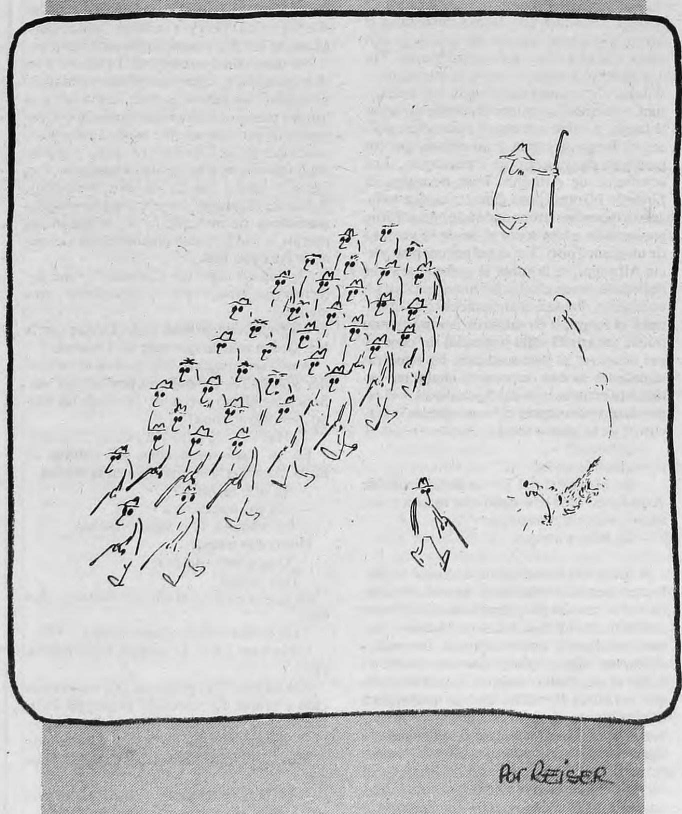
—No hace falta, de verdad, no es necesario.

Era un hombre optimista, por eso era sencillo y brutal. La televisión proseguía su informe. Un helicóptero filmaba las cenizas. Una cámara fija, en un museo, se acercaba como el ojo de un miope a una tela de Cézanne.

—Ha sido un desastre —concluyó mi vecino—. Pero dicen que lo van a repoblar.

El incendio de Aix-en-Provence al que hacen referencia estas resumidas páginas se desató el 28 de agosto del pasado verano y duró tres días. El relato se lo dedico a A.T., que me llamó llorando.





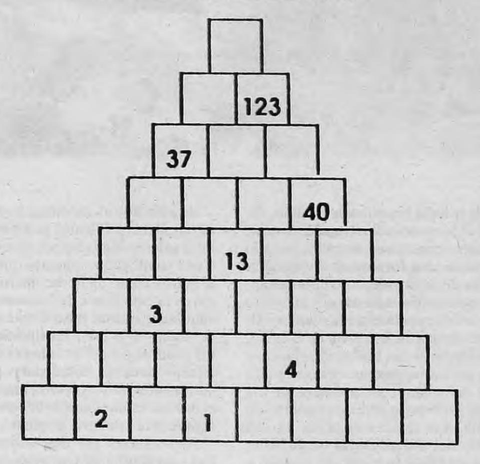
EL ENIGMA CHISMOSO

		CRITICO					DE					CON				
		Música	Novio	Ropa	Salidas	Trabajo	Alcira	Ana	Cristina	Luisa	Marita	Alcira	Ana	Cristina	Luisa	Marita
VECINA	Alcira															
	Ana															
	Cristina															
	Luisa															
	Marita															
CON	Alcira															
	Ana															
	Cristina															
	Luisa															
	Marita															
DE	Alcira															
	Ana															
	Cristina															
	Luisa															
	Marita															

Entre cinco vecinas han armado un espantoso embrollo de chismes y críticas. Ayúdenos a aclarar toda esta situación... ¡por favor!

1. Cada vecina criticó algo de otra con una tercera.
2. Cristina dijo a otra que le parecía ridículo el modo de vestir de Ana.
3. Ana, a su vez, estuvo de acuerdo cuando una vino a contarle sobre los defectos del novio de Cristina. Más tarde, la misma Ana llevó a Cristina un chisme que nada tenía que ver con las salidas nocturnas de alguien.
4. Marita escuchó atentamente cuando la misma vecina cuyo trabajo ella había criticado le contaba algo sobre Luisa.

INGENIO PIRAMIDE DE NUMEROS



Complete la pirámide anotando en cada casilla un número (incluso el 0) de una o más cifras, de modo que cada valor sea la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos le damos algunos números ya colocados.

SOLUCION

Alcira criticó salidas de Luisa con Marita. Ana, música de Marita con Cristina. Cristina, ropa de Ana con Alcira. Luisa, novio de Cristina con Ana. Marita, trabajo de Alcira con Luisa.

212/89-123/37-52-71/16-21-31-40/8 -8-13-18-22/5-3-5-8-10-12/3-2-1-4-4-6-6/1-2-0-1-3-1-5-1.